

En las figuras sencillas y feraces de Baltasar Lobo, prodigio de limpidez y de alegría, encuentra forma y expresión el alma doble de Madrid, al igual que ellas tan clásica y tan moderna. Porque una verdad depurada y esencial anima cada uno de estos cuerpos metálicos, por unos días instalados en el Paseo del Prado como si retozaran en él, y a través de su presencia, a un tiempo poderosa y tierna, la ciudad puede expresar una misma voluntad de celebrar la vida y de afirmar una idea: la de que la única modernidad auténtica es aquella que sirve para restaurar lo humano.

Pocos artistas, pues, más indicados que Lobo para enriquecer, siquiera provisoriamente, uno de los entornos urbanos más fecundos en Historia y patrimonio cultural de cuantos existen en el mundo, gracias precisamente a su devoción por el arte y a su función como espacio de encuentro. La singular afinidad entre el sentido que transmite la obra de este gran creador y la vocación de Madrid como ámbito de crecimiento y convivencia dotan de un significado especial a esta muestra al aire libre, donde esculturas y viandantes se confunden en un juego compartido de espejos entre la realidad y su símbolo.

En Madrid, ciudad en la que vivió y trabajó, Baltasar Lobo descubrió, un día ya muy lejano, algunas maravillas que habrían de marcarle: desde la producción de Picasso o Gargallo a los ídolos ibéricos del Museo Arqueológico, cuya influencia se hace patente en muchas de sus creaciones. La violencia de los hombres, tan opuesta al canto de vida y esperanza que late en estos bronce, le apartó después de nuestro lado. Justo es que le recobremos ahora, exaltando mediante estos seres no exactamente inertes el palpito de una sociedad fuerte y vital.

Alberto Ruiz-Gallardón
Alcalde de Madrid